

# 1

COLE

Apoyo los antebrazos en la barandilla del balcón del hotel y dejo colgar las manos. Una suave brisa me refresca la piel húmeda por el sudor, que, junto con las sábanas arrugadas de la cama *king size* que tengo a mi espalda, da testimonio de la actividad que me ha mantenido ocupado durante las últimas horas. Desde esta altura, los sonidos normales de la ciudad de Nueva York —música, gritos, alguna que otra sirena, bocinazos de coches— se atenúan, al igual que las estrellas, que apenas se ven a través de luz neblinosa que proyecta la extensa jungla urbana que se extiende a mis pies.

Desde aquí puedo ver el King Plaza, la torre de oficinas de cincuenta y tres pisos que alberga la sede mundial de King Group. Las luces que brillan en las ventanas revelan que muchos de nuestros empleados siguen trabajando a estas horas de la noche de un viernes. El resplandor que proviene de la esquina del piso más alto indica que Roman, mi hermano mayor —tiene treinta y seis años y yo, treinta y uno— también está allí.

Tampoco es que me sorprenda.

—Hola —dice una voz femenina y grave a mi espalda. Unos suaves pechos se apoyan en mi espalda desnuda y unos brazos finos me rodean el pecho—. ¿Qué tal si vuelves a la cama para que pueda distraerte de lo que sea que te esté preocupando?

Ni me molesto en darme la vuelta.

—Creía que ya te habías ido. —La tensión en el cuerpo de Jessica indica que no le ha gustado lo que he dicho. Pero insiste: desliza los dedos por mi vientre hacia la cintura de los calzoncillos negros que

me he puesto después de levantarme de la cama hace quince minutos. Mi pene se desmerece, pero ya me he corrido dos veces esta noche, lo que significa que puedo ignorar fácilmente mi reacción biológica al ser tocado por una mujer desnuda. Y me molesta que siga aquí porque sabe cómo funciona esto. Mantengo la vista clavada en el King Plaza—. Te llamaré la próxima vez que necesite salir con alguien.

Jessica curva los dedos y sus uñas me arañan la piel.

—Eres un capullo. —Su tono se ha enfriado, pero está conteniendo la ira que tan obviamente siente. Estoy acostumbrado. Como soy uno de los hombres más ricos del país, la gente tiende a disimular sus verdaderas emociones cuando está conmigo.

Aunque, en el caso de Jessica, ella tiene su propia fortuna. Lo que le impide descargar su ira sobre mí es que le gusta demasiado follarse conmigo como para cabrearme.

Baja los brazos que me rodeaban y da un paso atrás. Es entonces cuando por fin me doy la vuelta, la abrazo y ella hace un puchero. Está completamente desnuda y, al parecer, no le preocupa mostrarse así en el balcón. Esta es una de las *suites* del ático que la dirección del hotel mantiene permanentemente disponibles para la familia King —una de las ventajas de ser los propietarios—, por lo que estamos en un piso muy alto, pero aun así los *paparazzi* consiguen de tarde en tarde una foto de alguno de nosotros aquí arriba. A veces estamos solos, a veces no.

Estoy seguro de que a Jessica no le importará que su foto aparezca en uno o dos tabloides, aunque a su padre no le haga mucha gracia. Es preciosa, de una forma que solo el dinero puede conseguir, pulida, peinada y realzada hasta la perfección.

A estas alturas, ni siquiera estoy seguro de que tenga una verdadera personalidad. Tampoco es que me queje. Estaba muy guapa en la ceremonia de entrega de premios a la que me ha acompañado esta noche, y aún más guapa cabalgándome las dos últimas horas.

Pero ya hemos terminado, así que tenerla aquí me pone de los nervios, y quiero que se vaya.

Cuando doy un paso adelante, ella debe de pensar que estoy respondiendo a la expresión lasciva que me está dedicando porque una sonrisa de satisfacción se dibuja en sus labios carnosos, aunque desaparece cuando cojo el vaso de whisky de la mesa que tiene detrás.

—Tengo que terminar un trabajo.

El ceño fruncido empaña su rostro perfecto durante una fracción de segundo, pero se encoge de hombros con indiferencia y esboza una sonrisa falsa.

—Claro. Iré abajo y me buscaré a otra persona que quiera seguir con la fiesta.

Si es un intento de ponerme celoso, ya debería saber que no soy de esa clase de tío, que ni siquiera entiendo por qué hay gente así, tanto hombres como mujeres. Quizás eso signifique que me falta algo, que hay algún aspecto fundamental de la naturaleza humana que no acabo de comprender. O quizás los celos son algo a lo que algunas personas son más propensas que otras.

—Deberías. La noche aún es joven. —Paso junto a ella, veo su tanga de encaje rojo colgando de una lámpara y se lo tiendo.

Tampoco soy un completo imbécil.

Jessica finalmente se da cuenta de que no voy a cambiar de opinión. Coge sus bragas y se las sube por las largas piernas. Sus movimientos empiezan siendo apresurados, pero rápidamente los convierte en suaves y seductores cuando se da cuenta de que la estoy mirando. Quizá no quiera que se quede, pero eso no significa que no vaya a disfrutar del espectáculo.

Se viste en un momento y se peina con los dedos su largo cabello rubio mientras la acompaño a la puerta. Se la abro y ella pasa rápidamente a mi lado, con su perfume evaporado tras nuestra larga noche, pero aún lo bastante fuerte como para cosquillearme en la nariz. Se da la vuelta cuando llega al pasillo que conduce al ascensor privado.

—Llámame la próxima vez que necesites salir con alguien... o para lo que sea.

—Lo haré. —Asiento.

Una vez que se ha ido, cierro la puerta, estiro los hombros, hago crujir cuello y me voy a la ducha. Me meto bajo el chorro de agua caliente y me enjuago el sudor y el perfume de Jessica. Mi mente se traslada a la reunión que he tenido esta mañana con mi padre y mis hermanos. Estamos ampliando aún más nuestro imperio. Tras meses de trabajo previo, acabamos de anunciar públicamente nuestro último proyecto. Somos conocidos mundialmente por nuestros desarrollos comerciales a gran escala y nuestros hoteles de lujo, y ahora nos estamos adentrando en el sector más competitivo del alojamiento de

gama media. Como director de inversiones de King Group, es algo por lo que llevo peleando los dos últimos años.

Al salir de la ducha, escucho el teléfono: es Roman. Cojo el móvil con una mano y una toalla con la otra.

—¿A qué debo este placer?

Me seco el pelo mojado con la toalla mientras espero a ver cuál es la emergencia. Debe de haber algún problema. No se me ocurre otra razón por la que pudiera llamarme, ya que normalmente limitamos nuestro contacto a la oficina.

—Han detenido a papá —dice sin preámbulos, con la voz tan fría e impenetrable como siempre en los últimos tiempos.

Tardo un segundo en comprender el significado de sus palabras. Dejo de secarme el pelo.

—¿Por qué coño...? —Pienso de inmediato en una conducción bajo los efectos del alcohol porque a mi padre le gusta beber, y mucho. Pero tiene chófer. ¿Por qué iba a ponerse al volante?

—Uso de información privilegiada.

La conmoción me recorre el cuerpo.

—¿Qué? —Mi padre siempre ha sido muy propenso a correr riesgos, tanto en los negocios como en su vida personal; lo sé muy bien. Pero ¿uso de información privilegiada? Eso es un nivel completamente nuevo de ilegalidad.

—He hablado con los abogados. Al parecer, ha estado utilizando información de uno de sus contactos en el Gobierno para comprar y vender acciones, y ha estado ingresando las ganancias en un banco de las Islas Caimán. Lo han detenido y permanecerá bajo custodia hasta la vista de mañana para fijar la fianza. Pero los abogados dicen que es muy probable que se la denieguen, ya que consideran que hay un alto riesgo de fuga.

No es de extrañar, teniendo en cuenta que es propietario de una flota de *jets* privados

—¿Es culpable?

—Va a declararse inocente. Pero si quieres saber qué opino, digamos que no lo descartaría.

—Joder. —Tiro la toalla al cesto de la ropa sucia—. Tenemos que controlar la situación antes de que se haga pública.

—Exacto. —Roman deja escapar un profundo suspiro—. Van a investigarnos, y King Group estará vigilado hasta que determinen si

papá ha utilizado fondos de la empresa y si alguien más ha estado involucrado. Me pondré en contacto con Tate, y quiero que vengáis a la oficina inmediatamente. Tenemos que convocar una reunión de emergencia de la junta directiva. Los tres tenemos la mayoría de las acciones, así que podemos tomar el control y limitar los daños, pero tenemos que actuar cuanto antes. —Salgo del baño, busco la ropa y pongo el altavoz del teléfono mientras me visto y analizo las implicaciones de este asunto. King Group estará en el punto de mira y la prensa nos acosará. Nuestra reputación se verá seriamente afectada y el valor de nuestras acciones podría desplomarse a menos que nos adelantemos a los acontecimientos—. Haremos que los abogados presenten los documentos para hacer oficial el cambio de liderazgo —continúa Roman—. Yo asumiré el cargo de director ejecutivo, y necesito que tú ocupes mi puesto como director de operaciones. Tengo pensado destituir a Peters y poner a Tate en su lugar como director de marketing para que podamos controlar la narrativa en el futuro.

—Tiene sentido —apruebo, abrochándome la camisa. Las próximas semanas serán cruciales para garantizar la estabilidad de la empresa y mantener la confianza de los inversores una vez que se haga pública la noticia del arresto de mi padre.

—Los abogados ya están de camino, así que ven lo antes posible y prepárate para una larga noche. Tenemos que asegurarnos de que todo esté listo para mañana por la mañana. —Cuelga sin decir nada más.

Me miro en el espejo mientras me pongo la chaqueta del traje que he tirado sobre el respaldo de una silla hace solo unas horas. Para que la empresa salga indemne de esto, mis hermanos y yo tendremos que trabajar juntos más estrechamente de lo que lo hemos hecho en mucho tiempo. Teniendo en cuenta lo tensa que se ha vuelto la relación entre nosotros tres a lo largo de los años, espero que podamos lograrlo.

Cojo el teléfono y voy hacia la puerta. Es hora de dejar a un lado nuestras diferencias y centrarnos en proteger la empresa, cueste lo que cueste. King Group es lo único que importa. Y, en este momento, nuestra dedicación a él es lo único que mantiene unida a esta familia.

## 2

DELILAH

Dejo caer de golpe el tenedor sobre el plato.

—¿Cómo dices?

Paul hace una mueca y sus ojos oscuros recorren rápidamente el íntimo restaurante para asegurarse de que no he llamado la atención. Cuando se asegura de que nadie nos mira, tiende la mano sobre la mesa para coger la mía.

—Me gustas, Delilah. Mucho. Pero las cosas han cambiado y no creo que podamos seguir adelante con esta relación.

—¿Te referes a que las cosas han cambiado porque ahora estoy en tu equipo? Porque me dijiste que nada iba a cambiar cuando asumiste el cargo de director del proyecto.

Se recuesta en su silla.

—Porque no creía que fuera a cambiar nada. De hecho, pensé que sería algo bueno porque podríamos pasar más tiempo juntos. Sin embargo, no ha sido así. Veo lo mucho que trabajas, Delilah, y sé lo motivada que estás. Pero, aunque trabajamos codo con codo todos los días, nuestra relación no ha avanzado como yo quería.

—¿Es porque aún no hemos tenido relaciones sexuales? —murmuro con la voz un poco temblorosa—. Porque cuando te dije que quería esperar, dijiste que te parecía bien.

La frustración se refleja en el rostro de Paul, aunque él intenta disimularla.

—Y me parecía bien. Entiendo lo que le ocurrió a tu madre, pero han pasado tres meses y no sé qué más quieres de mí antes de dar ese paso. Tienes veinticuatro años. No eres una adolescente como lo era

ella, por el amor de Dios. —Su voz se ha ido elevando gradualmente y la gente está volviendo las cabezas hacia nosotros. Deja escapar el aire lentamente antes de continuar—. Si estuvieras comprometida con esta relación, ya estaríamos compartiendo esa clase de intimidad. Tal y como están las cosas, a veces pienso que te apasiona más tu carrera que yo.

—Eso no es... —Niego con la cabeza, sintiéndome culpable porque no puedo discutirle esa insinuación. Mi madre me concibió cuando tenía dieciocho años y eso me ha hecho ser cautelosa. Sin embargo, decido abordar su otro comentario—. Tengo que trabajar duro, Paul. En la oficina todas las miradas están puestas en mí. Tengo que esforzarme el doble que los demás porque nadie está convencido de poder confiar en mí para sacar adelante el trabajo, ya que me licencié a una edad muy temprana.

—Lo entiendo. —Su voz ahora es más aguda—. Y admiro tu dedicación a la arquitectura, de verdad. Pero quiero más. En esta etapa de una relación, necesito más. Y no estoy convencido de que puedas dármelo. Por mucho que me gustes, creo que es mejor que terminemos ahora, cuando aún no estamos tan involucrados emocionalmente como para no poder mantener una relación laboral amistosa. Sobre todo teniendo en cuenta mi nuevo puesto y lo importante que es el proyecto actual.

Siento la quemazón de las lágrimas en los ojos.

—Me alegra saber que no estás lo bastante involucrado emocionalmente como para preocuparte por nuestra ruptura.

Paul se echa hacia delante para cogerme la mano de nuevo.

—Eso no es lo que pretendía decir. Mira, yo quería de verdad que esta relación funcionara. Lo sabes. Incluso esperé a que te licenciaras antes de pedirte que salieras conmigo porque sabía lo concentrada que estabas en tus estudios. —Me estrecha los dedos—. Estoy tan decepcionado como tú de que las cosas no hayan funcionado.

Una parte de mí lo duda. Paul es, o era, supongo, mi primera relación seria. Lo que suena descabellado, teniendo en cuenta mi edad. Pero licenciarme en Arquitectura a los veinticuatro años no fue fácil. Pasé muchos años centrada en mis estudios, haciendo prácticas en cada momento libre y luego desafiándome a mí misma para presentarme a los exámenes para obtener la licencia nada más graduarme. No tenía tiempo para noviazgos.

Cuando obtuve la licencia solo diez meses después de graduarme, pensé que por fin iba a poder relajarme; pensé que iba a poder disfrutar más de las cosas que hacían otras mujeres de mi edad, como salir, tener citas y, sí, finalmente tener relaciones sexuales. Pero además de seguir sintiendo la necesidad de demostrar mi valía a diario ante mis colegas mayores, en su mayoría hombres, dejarme llevar ha sido más difícil de lo que esperaba. Relajarme lo suficiente como para salir de la zona de confort en la que he estado metida para acostarme con Paul era... difícil.

La lencería verde azulada que acabo de comprar y que llevo bajo mi mejor vestido negro de repente me aprieta y me resulta incómoda al ceñirse a mi cuerpo meticulosamente depilado. Esta iba a ser la noche en la que por fin iba a dejar de darle tantas vueltas al tema, pero ni loca voy a admitirlo ante Paul ahora.

Mi mirada se cruza con la de la mujer de la mesa de al lado, que me dedica un gesto compresivo, y aparto la vista. ¿Todo el mundo en el restaurante se está dando cuenta de lo que pasa en esta mesa para dos? Una mezcla de dolor e humillación se me clava en las entrañas, y parpadeo para contener las lágrimas mientras miro mi plato de pasta a medio comer.

—No me puedo creer que hayas decidido romper conmigo mientras estamos cenando fuera. ¿Pensabas que iba a montarte una escena y esta es tu forma de asegurarte de que no lo haga?

La mirada de Paul recorre la sala antes de volver a encontrarse con la mía a regañadientes.

—No, no es por eso. No lo había planeado. Pero estabas hablando de tus ideas para el proyecto y parecías tan apasionada que me he dado cuenta de que no me parece bien esperar a que compartas conmigo algo de esa pasión.

Tragué saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Claro —susurré.

—Lo siento, Delilah. ¿Por qué no terminamos de comer y te llevo a casa? El lunes los dos podemos comportarnos como adultos y trabajar juntos para finalizar nuestra propuesta.

Brota en mi pecho una sensación compuesta de por decepción y frustración, con Paul y conmigo misma.

—En realidad, ya no tengo hambre. Quédate tú y termina de cenar. Yo encontraré quien me lleve a casa.

—Vamos, Delilah. No seas así. Podemos seguir siendo amigos y comer juntos, seguro.

—Quizá en algún momento, pero esta noche no. Solo quiero irme a casa.

Él suspira, lo que me hace sentir como si me estuviera comportando de manera infantil.

—Está bien. Lo menos que puedo hacer es llevarte.

Lo último que quiero es estar atrapada en un coche con él.

—No, gracias. Ahora mismo prefiero estar sola. Llamaré a un taxi.

—Antes de que Paul pueda discutiérmelo, echo la silla hacia atrás y me levanto.

Paul frunce el ceño y se pone de pie también, pero yo me doy media vuelta y escapo a toda prisa de la mesa antes de que pueda decir algo más. Empujo la puerta del restaurante y me pregunto si debería pagar antes de irme, pero solo es una preocupación pasajera. Es lo mínimo que Paul puede hacer, teniendo en cuenta lo que acaba de pasar.

Mis tacones repiquetean a un ritmo rápido mientras voy por la calle, con el teléfono en la mano y esquivando a la gente que viene en dirección contraria. Quiero alejarme del restaurante para no tener que quedarme fuera y arriesgarme a encontrarme con Paul mientras espero a que me recojan. Cuando creo que estoy lo bastante lejos como para no cruzármelo cuando se marche, abro la aplicación en el teléfono. Una puerta de madera oscura se abre junto al lugar donde estoy esperando y una pareja sale de ella y me distrae un instante. Están riendo, y, antes de que la puerta se cierre, el sonido de la música y el murmullo de las conversaciones se escapan al exterior. Miro a través de las ventanas tintadas.

Un bar.

Estoy aquí plantada, con mi vestido sexy, mis tacones de tiras y mi preciosa lencería, después de que acaben de abandonarme, y, de repente, no quiero volver a casa con el rabo entre las piernas. Quiero tomarme una copa. Si mi compañera de piso, Alex, estuviera en casa, habría comprado una botella de vino para llevarla a nuestro acogedor apartamento y ahogar mis penas con ella, pero está en un concierto con su novio. No me apetece nada quedarme sola.

Intentando no darle demasiadas vueltas, empujo la puerta y entro en el espacio en penumbra. Lo primero que me llama la atención es el aroma distintivo de la cerveza y el whisky, con un ligero toque de cera

para madera y cuero. Cuando mi vista se adapta a la escasa iluminación, distingo a varias personas sentadas a las mesas y agrupadas frente a la larga barra de madera; ahí es hacia donde me dirijo.

Después de encontrar un taburete alto vacío junto a un hombre de cabello oscuro con una camisa blanca de vestir, me siento y lucho por contener las lágrimas.

Tampoco es que tenga el corazón roto —Paul y yo no llevábamos saliendo el tiempo suficiente como para enamorarme de él—, pero me gustaba, y confiaba en que con el tiempo aquello se convirtiera en algo más, y pensaba que, de momento, que me gustara era suficiente.

Pero me equivocaba.

Llamo al camarero, que, quizá al ver la expresión de mi rostro, se apresura a acercarse. Justo cuando estoy a punto de pedir mi habitual copa de vino blanco, me freno. Esta situación requiere algo más fuerte.

—Whisky. Con hielo.

Arquea una ceja, probablemente porque no parezco la clase de chica que bebe alcohol fuerte. Y no lo soy. Pero ¿qué más da? Pensar demasiado y ser cautelosa es lo que me ha llevado a esta situación.

En lugar de cuestionar mi capacidad para tomar decisiones, el hombre se limita a asentir, coge una botella medio llena de líquido ámbar de uno de los estantes que tiene a su espalda y vierte unos centímetros en un vaso. Lo deja delante de mí y yo le sonrío en señal de agradecimiento, lo cojo y me lo bebo de un trago.

Dios mío, qué quemazón. Jadeo y tiemblo, y luego toso un poco. La mirada divertida del camarero me pillaba desprevenida, pero me da igual que se ría de mí.

—Otra, por favor.

Esta vez enarca las dos cejas.

—¿Está segura?

—Claro que sí —digo, y me echo a reír. Maldita sea, ¿ya estoy achispada? Me he tomado una copa de vino durante la cena antes de que Paul decidiera que es mejor que seamos... ¿amigos? ¿Compañeros de trabajo? Quién sabe.

El camarero reprime una sonrisa y me sirve la copa.

—¿Quiere que le abra una cuenta?

Estoy a punto de decirle que es una idea estupenda cuando escucho una voz suave y grave a mi lado.

—Si está aquí sola no.

### 3

COLE

Por el rabillo del ojo veo que se gira para mirarme, pero no me molesto en corresponder al gesto. Ni siquiera sé por qué he dicho nada. No es asunto mío si una mujer quiere emborracharse sola en un bar. Al fin y al cabo, yo también estoy bebiendo solo.

Al instante, recuerdo la visita que le he hecho hoy a mi padre en la cárcel, que es la razón por la que estoy aquí con un whisky en la mano. Roman, Tate y yo, junto con el abogado jefe de King Group, hemos ido a informarlo del cambio en la dirección de la empresa. Verlo sentado a la mesa con su mono naranja ha sido un *shock*, pero cualquier empatía que pudiera haber sentido por él se esfumó hace una semana antes, cuando supe el alcance de lo que había hecho y por qué.

Ya era bastante malo que hubiera ganado dinero gracias a la información privilegiada que recibía de sus contactos en la industria de defensa, pero además utilizó esas ganancias para mantener al menos a tres de sus amantes. También les pasó esa valiosa información a varios de sus compinches. La estupidez —y el egoísmo— de sus acciones nos dejó a todos atónitos, sobre todo teniendo en cuenta que se pasó nuestros años de formación inculcándonos que lo único que importaba era la lealtad a nuestro apellido y a nuestra empresa.

Pero todo lo que hemos aprendido de él también nos ha facilitado hacer lo que debíamos. Decir que no le han gustado las noticias es quedarse corto, pero, dada su situación actual, no puede hacer nada al respecto.

Tan pronto como hemos acabado la conversación con el equipo de abogados, me he ido a casa, pero, por primera vez, la idea de estar

solo en mi enorme ático no me atraía lo más mínimo, así que he venido a este lugar y me he pasado la última hora bebiendo un par de copas del whisky más caro que tienen, tratando de averiguar por qué demonios mi padre actuó así. Pero solo he estado dándole vueltas una y otra vez a lo mismo, y ya estaba a punto de irme cuando esta mujer se ha sentado en el taburete junto a mí.

Ahora estoy interfiriendo en su plan de ahogar las penas que la acosan y, en lugar de retirarme como cualquier imbécil que se precie, redoblo la apuesta y me dirijo al camarero.

—Lo próximo que le sirvas tiene que ser agua.

Casi puedo sentir cómo la indignación crece en su interior.

—¿Perdón? —dice—. No te conozco y tú no me conoces a mí, así que estoy bastante segura de que no tienes nada que decir sobre lo que pido o cuánto bebo.

Por fin vuelvo la cabeza en su dirección para observarla bien, y, joder, es preciosa. Lleva un vestido negro ceñido en torno a su cuerpo pequeño pero perfectamente curvilíneo. Su cabello, casi tan oscuro como el mío, se desliza en ondas sueltas sobre sus hombros. Pero es su rostro lo que capta mi atención: el llamativo verde de sus ojos y su forma rasgada le dan un aspecto casi felino. Su nariz es pequeña y recta, y su boca solo me deja pensar en una cosa: cómo quedarían esos labios carnosos y rosados alrededor de mi pene.

Normalmente, si una mujer con su aspecto se hubiera sentado a mi lado, habría tenido claro cómo iba a terminar la noche, pero sus ojos no parecen vidriosos solo por el whisky que se ha bebido.

Parpadea con esos ojos felinos y se da la vuelta para clavar la vista en su copa. Casi me echo a reír cuando se arma de valor, la levanta y se la bebe de un trago. Reacciona igual que la primera vez, con un jadeo y un estremecimiento. Me recorre una oleada de lujuria cuando imagino que hace ese mismo sonido mientras me hundo en ella.

Ella mira al camarero, que parece hipnotizado.

—Otra más, por favor. —Sus ojos se dirigen hacia mí, pero antes de que pueda hacer un gesto de negación con la cabeza, ella da un golpecito con los nudillos en la barra para llamar su atención—. ¡Oye! Él no es el que ha pedido, soy yo.

—Otra de esas se te va a subir demasiado a la cabeza —replico, y sigo sin saber por qué me estoy metiendo en sus cosas. No es propio de mí disuadir a alguien de ahogar sus penas. Pero hay algo en ella que

parece despertar en mí un instinto protector que no sabía que tenía. Lo cual es absurdo; parece joven, pero es adulta y puede hacer lo que le dé la gana. Y, sin embargo, sigo adelante—. Voy a suponer que la razón de tu repentina necesidad de alcohol fuerte es un hombre. Probablemente un hombre que te ha roto el corazón hace nada. Y si yo puedo darme cuenta, también pueden hacerlo todos los demás hombres que están aquí. Lo que significa que con un whisky más, todos los capullos que te están mirando ahora mismo van a intentar ligar contigo, y con ese aspecto. —Dejo que mi mirada se deslice por su vestido y vuelva a subir. Sé lo que están pensando los demás hombres que están aquí, porque yo estoy pensando exactamente lo mismo. Por suerte para ella, aprovecharme de mujeres jóvenes, borrachas y con el corazón roto no es lo mío, así que le dejo oír la diversión en mi voz, solo para dejar claro mi punto de vista—. Pero, oye, si lo que buscas es un polvo rápido y crudo por venganza, bebe todo lo que quieras.

Ella me mira fijamente, con un mohín por la sorpresa, y casi me siento mal.

Casi.

—Vaya —dice, y entrecierra esos bonitos ojos—. En primer lugar, pensaba que estaba de mal humor, pero tú eres la guinda del pastel. Y en segundo lugar, da igual cuánto beba o cuántos chicos intenten ligar conmigo: no soy la clase de chica que busca un polvo rápido y crudo por venganza.

Probablemente no lo sea, pero le iría mejor que emborracharse con whisky.

—Quizá deberías serlo —comento antes de poder evitarlo. Y no sé si en realidad me apetece evitarlo. Esta conversación me distrae, y, después de la última semana, necesito una distracción, sobre todo una tan atractiva como ella.

Se vuelve hacia mí.

—¿Por qué? ¿Crees que eso me hará sentir mejor mañana, cuando haga el paseo de la vergüenza?

—¿Por qué ibas a tener que avergonzarte? El sexo es para sentirte bien, para desconectar de tus pensamientos y perderte en el cuerpo de otra persona durante unas horas. No tiene por qué ser una conexión profunda y significativa. Te sientes mal, el sexo te hace sentir bien. ¿Por qué no hacerlo? —Aparta la mirada, pero vuelve a posarla en mí unos segundos más tarde. Se muerde el labio inferior y casi puedo ver

cómo su cerebro trabaja a toda velocidad. Sonríó con aire burlón—. Lo estás considerando, ¿verdad?

Incluso con la tenue luz del bar, se nota el rubor de sus mejillas.

—No creo que eso sea asunto tuyo.

Se da la vuelta y yo me río para mis adentros. Debería irme a casa porque tengo una videoconferencia temprano por la mañana con los jefes de nuestras oficinas europeas, pero, en vez de hacerlo, le pido al camarero otro whisky. Cuando me lo sirve, le doy un sorbo y me vuelvo hacia ella.

—¿Qué te ha hecho?

Ella ladea la cabeza y frunce el ceño.

—¿Quién?

Sí, definitivamente ha bebido demasiado whisky si ya ha olvidado quién la ha fastidiado esta noche.

—Tu novio —le aclaro.

Ella mira su vaso vacío.

—Ex.

—Bueno, eso parece obvio, pero no quería dar nada por sentado.

Hace un gesto un poco exagerado con una mano.

—Da por sentado lo que quieras.

—Aún no me has dicho qué te ha hecho. —Le hago una seña al camarero otra vez y él se da cuenta de lo que quiero. Vierte un poco de agua de una jarra en un vaso, le echa una rodaja de lima y se lo pone delante a ella, que en esta ocasión no protesta: lo coge y le da un sorbo.

Me lanza una mirada de reojo.

—No me digas que de verdad te interesa mi triste historia.

—Normalmente no me interesaría, pero ahora mismo necesito distraerme. Y tú me distraes.

Se gira para mirarme de frente, con esos ojos expresivos llenos de lo que parece empatía.

—Lo siento. Solo hemos hablado de mí. ¿Tú estás bien?

La sorpresa me invade. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me preguntó si estaba bien? Sin embargo, ignoro su pregunta. Ni loco le voy a contar a una mujer cualquiera la mierda en la que se ha metido King Group gracias a mi querido padre.

—Cuéntame qué te ha hecho este capullo para que estés pensando en echar un polvo rápido y crudo por venganza esta noche.

—No he dicho que fuera a hacerlo.

—Tienes razón. Mis disculpas. —Levanto las manos y esbozo una sonrisa.

Ella frunce el ceño.

—¿Te estás burlando de mí?

—Ni se me ocurriría...

Me mira fijamente durante un segundo antes de soltar una carcajada.

—Ya lo creo que sí.

Es aún más hermosa cuando se ríe. Por encima de su hombro, veo a un par de hombres de negocios trajeados que la contemplan desde el otro extremo de la barra. El deseo apenas disimulado brilla como una luz de advertencia en sus ojos, así que borro mi sonrisa y les dedico una mirada que ha intimidado a hombres mucho más poderosos que ellos. De repente, muestran un decidido interés por las cervezas que tienen delante, y vuelvo a centrar mi atención en la mujer que está sentada a mi lado.

—¿De verdad quieres saberlo? —me pregunta, y tardo un momento en darme cuenta de que está respondiendo a mi pregunta sobre su ex.

En realidad, no tengo un deseo ardiente de saber qué ha hecho el tío para decepcionarla porque, en mi opinión, «decepcionante» resume la mayoría de las relaciones. Pero quiero que siga hablando, aunque solo sea hasta que esos dos imbéciles paguen y se vayan. Por no hablar de los otros hombres de este local que la han estado mirando desde que se ha sentado. Así que asiento.

—Es mejor que te desahogues. —Por algún milagro, consigo evitar que mis ojos se desvíen hacia el contorno de sus pechos mientras lo digo.

Ella da otro sorbo de agua.

—Vale. Bueno, trabajo con él.

Enarco una ceja y ella hace una mueca.

—Lo sé. No es la decisión más inteligente que he tomado. Pero hice prácticas allí durante mi último año de universidad y nos conocimos entonces. Él coqueteaba conmigo y yo estaba pilladísima porque es guapo. Y mayor.

—¿Ese es tu tipo? —le pregunto con una sonrisa burlona.

Se le forma un pequeño pliegue entre las cejas y su mirada recorre lentamente mi rostro.

—Quizás. —Su respuesta no es la que esperaba. Siento una oleada de calor que me recorre el cuerpo, y la excitación crea un pulso urgente en mis venas. Lo reprimo con más dificultad de la habitual. No he venido aquí para ligar con una mujer. He venido a tomar una copa en un lugar donde probablemente nadie me reconozca. Tampoco es que crea que ella esté buscando ligar, al menos en serio. Es solo una mujer que resulta sexy sin siquiera intentarlo. Baja la mirada y traza una línea con el dedo sobre las gotas de condensación del vaso que tiene delante—. Bueno, cuando terminé las prácticas, Paul me invitó a tomar una copa, una cosa llevó a la otra y nos besamos.

—¿Solo os besasteis? —pregunto—. Qué típico.

Esta vez me mira con ira.

—Sí, solo nos besamos. Fue... agradable. Me gustaba, pero yo estaba centrada en terminar la universidad, así que lo dejamos ahí. Después de graduarme, me ofrecieron un trabajo en la empresa. Paul estaba destinado temporalmente en la oficina de Londres cuando empecé, pero poco después de que regresara, empezamos a salir.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —pregunto.

—Hace tres meses.

—¿Así que tu deslumbrante historia de amor solo ha tardado tres meses en apagarse?

Me dedica una simpática expresión de enfado. No debería burlarme de ella, pero me encanta ver cómo le brillan sus ojos verdes cuando se ofende. Me recuerda a un gatito al que le acaricias el pelaje en sentido contrario: diminuta, enfadada, siseando y escupiendo como si su irritación pudiera ahuyentarme.

Apuesto a que ronronearía como un gatito si la acariciara en la dirección adecuada.

—Nunca he dicho que fuera deslumbrante...

—Entonces, ese tío es un aburrido.

—Tampoco he dicho eso. —Niega con la cabeza y luego se ríe, con la irritación ya olvidada.

Me fascina lo cambiantes que son sus emociones. Y lo fácil que le resulta expresarlas. Eso dice mucho del mundo en el que vivo. Es difícil encontrar emociones sinceras.

—¿Qué ha salido mal?

Se queda callada un momento, mirando su vaso de agua.

—Me ha dicho que la cosa no funcionaba.

—Suenas bastante normal —comento.

Esta vez, su risa no contiene ni pizca de humor.

—Supongo que sí. No hay nada de especial en mí ni en mi historia.

Recorro con la mirada su exuberante cuerpo.

—Yo no diría eso. —Su brusca inspiración me demuestra que no le soy indiferente. Apoyo el codo en la barra—. ¿Y qué vas a hacer?

Aparta la vista.

—Nada, supongo. Mi trabajo es estupendo y me encanta la empresa en la que estoy, así que tampoco es que vaya a dejarlo. Lo único que ocurre es que no me gusta cómo me siento ahora mismo. No me gusta pensar que he hecho algo mal, o que tenía que haberme esforzado más. Que si hubiera... —Dejó la frase en el aire y dio otro sorbo al agua.

Me recuesto y la observo. El agua que ha estado bebiendo ha despejado la neblina del alcohol de sus ojos. Me detengo en la longitud de sus muslos, expuestos por su vestido corto, y tomo una decisión.

—Entonces, deberías olvidarte del sexo rápido y crudo por venganza.

—¿Debería? —Está sin aliento después de mi lenta mirada, y estoy deseando oír cómo me suplica que follemos con esa misma voz entrecortada.

Asiento, incapaz de apartar la mirada de ella. Beber no me estaba ayudando a dejar de darle vueltas a la situación, y ella podría ser exactamente lo que necesito para olvidar todo lo que me está pasando, y de paso también la ayudará a ella a distraerse.

—Creo que deberías optar por sexo de venganza francamente obsceno que dure horas. Y creo que debería ser yo con quien lo hagas.

Sus mejillas se sonrojan y mi pene ya está medio duro mientras me imagino deslizando los labios por su cálida piel mientras me muevo dentro de ella.

—¿Por qué tú? —pregunta ella.

Acerco la cabeza hacia ella y, al hacerlo, percibo un ligero aroma a flores silvestres y algo más sensual.

—Porque te garantizo que te lo haré pasar bien. Porque creo que a los dos nos vendría bien desconectar esta noche. Y porque no he dejado de pensar en quitarte ese vestido desde el momento en que te has sentado.

Ella se remueve en el taburete y yo paso oficialmente de estar medio excitado a estar completamente excitado. ¿Cómo de mojada está ahora mismo? Estoy deseando averiguarlo.

Se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja e intenta recomponerse.

—Vaya, eres rápido, ¿no?

—Puedo ir despacio cuando lo necesito. —Me cruzo de brazos y me recuesto en el taburete mientras espero su respuesta.

—Bueno —dice, bajando la mirada hacia mis antebrazos, que están al descubierto porque llevo la camisa remangada—. Creo que ahora mismo deberías ir un poco más despacio.

No es un sí, pero tampoco es un no.

Podría seguir bebiendo o podría ligar con alguna de las otras mujeres que hay aquí, algunas de las cuales ya se han quedado paradas junto a mí mientras pedían las copas, dedicándome miraditas esperanzadas. Incluso podría llamar a Jessica, aunque lo último que quiero es darle la impresión de que estoy interesado en cambiar nuestro acuerdo. Pero, en definitiva, esta mujer ha llamado mi atención como pocas lo han conseguido últimamente, y, después del desastre de hoy, la idea de perderme en su cuerpo es una tentación a la que no puedo resistirme.

—Que sea despacio entonces —acepto.

Ella se queda en silencio un momento, y luego su delicada mandíbula se endurece.

—En realidad, he cambiado de opinión. —La decepción me sacude más fuerte de lo que debería, pero antes de que pueda decir nada, ella me sorprende de nuevo—. Estoy harta de ir despacio. Por una vez, no quiero darle vueltas a todo.

—Entonces, lo que estás diciendo es...

Ella inspira hondo.

—Estoy diciendo que sí.